



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS

LECTURA SESIÓN 9

CT 118 ACOMPAÑAMIENTO PASTORAL

León, Jorge A. “Potenciar la familia: una misión de la psicología pastoral”. En *Psicología pastoral para el ser humano integral*, 203-222. Buenos Aires: Kairós, 2013.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

7

Potenciar la familia: una misión de la psicología pastoral

Entre los días 8 al 10 de junio del año 2006 se celebró en la Ciudad de México el Cuarto Congreso de Psicología Pastoral bajo los auspicios de la Comunidad Teológica de México. Se me invitó a tener a mi cargo la clase magistral al final del congreso. El tema que se me pidió es el que he colocado como título de este capítulo. El texto que preparé para esa memorable ocasión constaba de doce páginas. He decidido incorporar casi tres páginas a este capítulo por cuanto se refiere al tema de la familia en general y, originariamente, nos habíamos ocupado de la familia pastoral en particular. He adaptado algunas porciones de lo dicho en México para utilizarlo aquí.

Acepté preparar este tema como un gran desafío. ¿Es que no me había dado cuenta de que hoy, en América Latina, hay familias impotentes? Sí que las hay. Muchas familias sufren la impotencia de no disponer de los medios económicos para satisfacer las necesidades de alimentación y de educación de sus hijos, o no pueden hacerlo en forma adecuada. Además,

vivimos en una situación de violencia, crueldad e inseguridad que conspira contra la estabilidad de la familia. También me di cuenta de que hay otras familias que no pueden vivir satisfactoriamente bajo la cobertura del amor. Asimismo tenemos en nuestra América Latina familias que son impotentes para dejar claramente instaladas las funciones de padre y de madre y los roles de hijos, abuelos y otros familiares. En otras palabras, muchas familias no tienen claramente establecido el lugar que le corresponde a cada uno en la dinámica familiar. Tampoco suele estar claro el lugar de la iglesia, el pastor, los amigos y otras influencias sobre la familia. La Iglesia, con mayúscula, es un camino hacia la salud mental y espiritual. En algunas ocasiones la iglesia, con minúscula, es el instrumento de la dependencia de líderes autoritarios, de abuso espiritual y hasta de explotación económica por parte de personas inescrupulosas que se declaran a sí mismos como pastores, sin tener autoridades eclesiásticas que los controlen. La «religión» mal interpretada puede ser un camino que conduce a la enfermedad mental.

La omnipotencia reina sobre la impotencia a través del machismo que todavía está enquistado en algunas partes de nuestro continente; o por medio del naciente matriarcado que recién se está instalando. En nuestras estructuras sociales y de poder económico también está enquistada la omnipotencia. Hay algunos ricos que creen que con dinero «todo se puede comprar». Esto lo encontramos en parte de la oligarquía interna, pero también hay países poderosos que intentan comprar a pueblos más débiles con la complicidad de algunos hijos de nuestra propia tierra. También hay mafias internacionales en complicidad con algunas nacionales que se constituyen como pequeñas naciones dentro de nuestros pueblos. Al escribir estas notas he escuchado las noticias sobre el fallecimiento de cerca

de 300 brasileños en la ciudad de San Pablo por la rebelión de la mafia de las drogas, en protesta porque las autoridades habían trasladado a otras prisiones a algunos dirigentes de la mafia que manejaban un verdadero ejército clandestino desde las cárceles. Estos dirigentes fueron trasladados a cárceles de extrema seguridad lejanas a San Pablo. Ellos, al parecer, dieron la orden de ataque, con el resultado ya conocido. También existe la omnipotencia de ciertos políticos y «caciques provincianos» que dejan en estado de impotencia e inseguridad a millones de familias que quedan en el desamparo. Tampoco podemos dejar de mencionar la omnipotencia que muestran algunos dirigentes de organizaciones eclesiásticas.

En medio de este cuadro sombrío, ¿cómo puede asumir la psicología pastoral la responsabilidad de *potenciar la familia*? La tarea parece muy difícil y no se resuelve con la gimnasia intelectual de un congreso, si éste no logra conducir a sus participantes a una toma de conciencia y de responsabilidad que sea el fermento que luego será trasladado al pueblo de Dios que representan. Muchos intentos han fracasado a pesar de tener muy buenas intenciones conscientes. Yo les sugiero otro camino, el que propone San Pablo en 1 Corintios 12.31 y explícita en todo el capítulo 13 de esa epístola como el más excelente. Estoy convencido de que sin amor auténtico no hay pareja, y sin pareja sana no hay familia.

Potenciar la familia significa comunicar por todos los medios posibles que el amor en el matrimonio debe expresarse con el alma, con la mente y con el cuerpo en cada pareja cristiana. Pablo reflexiona sobre el sexo como un medio de des-gracia y sobre la sexualidad como un medio de gracia. En 1 Corintios 6.15-16 señala que la unión genital con una prostituta convierte al hombre en solidario con los pecados de la ramera. Paralelamente, en una sexualidad en el contexto del amor no sólo

se hace participar al cuerpo y a la mente sino que las almas se abrazan en el encuentro amoroso. Por eso, los hijos son santificados (1 Co 7.4-5, 12-14). La iglesia debe proveer estudios bíblicos sobre el amor y la sexualidad, con una buena exégesis y una sana hermenéutica de los textos bíblicos. Creo que ésta es una buena manera de potenciar la familia, *con la Palabra de Dios bien entendida y explicada*. Éste es el quehacer de toda la iglesia: el culto, la escuela dominical, los grupos de jóvenes y adultos, las asociaciones de matrimonios y las conferencias abiertas al público en general. La potencia de la familia viene del poder de Dios. Bien lo entendió Pablo cuando dijo: «No me avergüenzo del evangelio porque es poder de Dios» (Ro 1.16), y también cuando reafirmó: «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece» (Flp 4.13).

No es ingenuo afirmar que la solución a este grave problema se encuentra en la implementación del concepto bíblico de *metánoia*, que ha sido traducido por conversión, hacer penitencia, etc. La palabra griega tiene el mismo comienzo que otra que también es de vieja data, la metafísica. Este último concepto tiene su origen en la catalogación de la producción literaria de Aristóteles. El término se debe a Andrónico de Rodas, uno de los primeros editores de la obra del gran filósofo griego. Esa catalogación fue realizada en el siglo 1 antes de Cristo. Al ordenar los tratados de Aristóteles, Andrónico de Rodas puso primero los que se refieren a la Física; después colocó otros, que por el sólo hecho de estar después de la Física, con un criterio meramente clasificatorio, recibieron el nombre de tratados de Metafísica, es decir, lo que está más allá de la Física. Esos tratados se ocupan de la filosofía primera, la de un saber que pretende penetrar lo que está situado más allá del ser físico en cuanto tal. Aristóteles creó el contenido de lo que posteriormente se llamaría Metafísica como ciencia del ente,

ciencia de la sustancia y ciencia de Dios. Para Aristóteles, la Metafísica o filosofía primera es la parte más importante de su doctrina filosófica, ya que se ocupa de los principios de todo lo existente.

La *metánoia* está ligada a la *metafísica* por las implicaciones relativas al parentesco lingüístico pero también por la fuerza semántica que las une. En el siglo 20 se produjo un cambio significativo en la reflexión teológica. Las tesis de los estudiantes de teología en su mayoría estaban en el ámbito de la Teología Dogmática. Bajo la influencia de Karl Barth, Oscar Cullmann y otros teólogos, la reflexión se centró sobre la reflexión bíblica y se apartó de la Dogmática. En las últimas décadas del siglo 20 existía una corriente muy fuerte hacia los problemas sociales. En la primera década del siglo 21, sin abandonar la preocupación por los problemas sociales, económicos y políticos se está produciendo, en mi opinión, un movimiento hacia la teología primera, como ocurrió con la reflexión filosófica de Aristóteles. Es decir, hacia una teología bíblica psicológico-pastoral, con el estandarte de la *metánoia* entendida como un cambio en la mentalidad y en la manera de sentir. Con este esquema mental, podemos afirmar que *potenciar la familia es una misión de la psicología pastoral*.

Entre los cristianos evangélicos, *metánoia* se ha traducido por conversión, entendiendo que se trata de un cambio repentino semejante al de Saulo de Tarso en el camino a Damasco, pero es evidente que también existe la conversión al estilo de Timoteo, gradual y progresiva. Para algunos, la conversión siempre es puntual, sin embargo, la Biblia nos muestra que es claramente lineal y progresiva, aun en el caso del mismo Saulo-Pablo. Su cambio de mentalidad fue creciendo a lo largo de toda su vida, como lo demuestran sus epístolas si las analizamos cronológicamente. Debemos propender al cambio

de mentalidad de cada ser humano, de la familia y de toda la sociedad. Para eso hay un largo trecho y una gran tarea por realizar.

Tensiones en la familia pastoral

La iglesia es el proyecto piloto de Dios, y muchos esperan que la familia pastoral sea el prototipo de ese proyecto de salud integral. Sea válida o no esta expectativa, laicos y pastores debemos esforzarnos por ser compañeros de trabajo de Dios, según dice Pablo en 1 Corintios 3.9, para la redención de todo el ser humano y de todos los seres humanos, comenzando por nosotros mismos. Lo que voy a decir acerca de la familia pastoral también vale para todas las familias cristianas.

El pastor y su cónyuge: personajes o personas

La perfección cristiana y la santificación son doctrinas caídas en desprestigio, no porque el concepto no sea válido sino por las opiniones que se han vertido al respecto. Para algunos, la perfección cristiana o la santificación se agotan en el puritanismo o la mojigatería, hermanos de la hipocresía o de la represión y padre y madre de la neurosis.

Jesucristo es el ser humano perfecto y santificado, no un mojigato ni un neurótico. Él es nuestro modelo de humanidad. La santificación es un quehacer divino-humano. En el segundo capítulo, nos hemos ocupado de este asunto. Debemos recordar que el proceso de convertirse en persona implica una metamorfosis que no se conforma a este mundo (Ro 12.2) y por la cual somos transformados de gloria en gloria a la imagen del Señor, por su Espíritu (2 Co 3.18). Jesucristo, el «Hombre Nuevo», es el modelo para nuestra humanización. Ser santos significa estar

consagrados al proceso de cambio que tiene por culminación el «hombre nuevo» y la «nueva humanidad».

El ministerio docente de la iglesia tiene como objetivo la capacitación de los santos a fin de hacerlos aptos para cumplir la misión para la cual Dios los ha colocado en el mundo (Ef 4.12). Se trata de un ministerio docente para ser compañeros de trabajo del Segundo Adán quien, por sus victorias del desierto y de la cruz, nos ha devuelto la posibilidad de ser plenamente humanos. Cada persona cristiana, y especialmente el pastor y su esposa —que comparten un ministerio que debe haber sido asumido voluntariamente— debe ser una persona plena, acabada, conclusa, a la medida de la madurez de la plenitud de Cristo (Ef 4.13).

El proceso de convertirnos en persona implica dejar de ser un personaje. Cuando nos ponemos una máscara sobre el rostro nos convertimos en personajes. Cuando ponemos la persona de Jesucristo por debajo de nuestra persona, como dimensión de profundidad que determine todo lo que somos y hacemos, llegamos a ser personas. Este proceso pasa necesariamente por un período intermedio, el de personaje, por cuanto el paso de individuo a persona no es puntual, automático, sino el final de un largo peregrinaje. En Efesios 4.22-24 no se trata de una máscara para cambiar el rostro sino de un vestido para cambiar a la persona toda. Esa vestimenta temporal debe convertirse en nuestra piel. Entonces seremos, como Jesucristo, el hombre nuevo creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad. ¡Que gran desafío! Se trata de una metamorfosis, «hasta que Cristo sea formado en vosotros» (Ga 4.19).

Hasta aquí nos hemos referido a una identificación con el ser humano natural como yo ideal y con Jesucristo como ideal del yo. Esto nos conduce al concepto de narcisismo (recuérdese el mito griego de Narciso, el personaje que al mirarse en un

espejo de aguas se enamoró de sí mismo, a tal extremo, que murió de hambre por no separarse de su imagen).

El niño pequeño hace de sí mismo su propio objeto de amor. Cae en una especie de megalomanía que es normal en el niño pero anormal en el adulto. Para el niño todo es «mío». Todos somos un poco narcisistas, a veces nos queremos demasiado. En uno de mis libros me refiero a dos complejos, en los cuales podemos caer los pastores. Uno es el «complejo heliocéntrico», por causa del cual el pastor espera que todos en la iglesia giren en torno a uno, como los planetas giran alrededor del sol (*hēlios*). El otro es el «complejo de Alfa y Omega». Los que lo padecen, suelen pensar así: «Antes de mi, aquí no pasaba nada, cuando yo me vaya de esta congregación, todo se va a venir abajo».¹ Se trata de dos expresiones del narcisismo pastoral, del cual no podemos desprendernos con facilidad. Debemos estar alerta porque el enemigo que más daño puede hacernos lo tenemos dentro de nosotros mismos.

El mito de Narciso da cuenta de una realidad incuestionable: hay personas que son narcisistas. De la misma manera, el relato del Génesis sobre la caída del ser humano en pecado da cuenta de lo que vemos todos los días: personas tiranizadas por el pecado. El pecado, como el narcisismo, es siempre una posibilidad. Cada familia pastoral tiene su propia historia y, en su singularidad, tiene su propia manera de pecar y, a partir del pecado, su propia aspiración a la perfección cristiana. Se aspira o se expira, se espera o se desespera.

¹ J. A. León, *Psicología pastoral de la iglesia*, pp. 159-160.

El pastor y su cónyuge como pareja

¿Por qué estamos juntos? ¿Qué nos movió a elegirnos mutuamente? ¿Nos elegiríamos otra vez? ¿Qué hacer si nos hemos equivocado en la elección?

Freud destaca que hay dos tipos de elección posible en el ser humano: la anaclítica o de apuntalamiento y la narcisista. En la primera, se procura una pareja según el modelo familiar.² En la segunda, se busca una mujer nutritiva como mamá o un hombre protector como papá. La elección narcisista, según lo que uno mismo es, lo que fue o lo que querría ser, está centrada en la necesidad de completamiento, no según el modelo de Jesucristo sino según el modelo propio. Las dos corrientes pueden coexistir con predominio de una o de otra.

¿Es posible la armonía conyugal? Ésta depende de lo que se espere, y la esperanza tiene que ver con la motivación de la elección. Depende de los objetivos de ambos para su realización personal. Depende, también, de las funciones o disfunciones sexuales.

¿Cómo podemos definir una pareja sana? No es sano quien pretenda o crea serlo. Peter A. Martin en su *Manual de terapia de pareja* nos presenta una tipología de matrimonios psicopatológicos: el primer tipo de pareja es la esposa «enamorada» y el marido «frío». En este tipo de pareja, ambos se han elegido entre sí porque ella es histérica y él obsesivo. Nos dice: «Es el problema psicoterapéutico más común y difícil que hayamos encontrado».³ El segundo tipo es el que Martin denomina «El

² S. Freud, *Introducción del narcisismo*, Obras Completas, Vol. 14, Obras Completas, Vol. 14, pp. 84-87.

³ P. E. Martin, *Manual de terapia de pareja*, Amorrortu, Buenos Aires, 1983, p. 26.

marido: en busca de una madre». Es la combinación anterior, pero al revés. Él es histérico y ella obsesiva. El tercero es: «El matrimonio de dos parásitos». «Estos matrimonios están constituidos por dos cónyuges pasivo-dependientes, dos personas que, al no poder nadar, se aferran desesperadamente la una a la otra y se ahogan juntamente».⁴ El cuarto tipo es el matrimonio paranoide. Este tipo de matrimonio transforma la realidad valiéndose de nociones ilusorias. «Los cónyuges sobrevaloran ciertas ideas o ideologías protectoras, tras las cuales se movilizan, se defienden a sí mismos y cambian el mundo mediante sus reinterpretaciones activas y sistemáticas».⁵ A partir de esta tipología psicopatológica infiere Martin el concepto de matrimonio sano. He aquí su definición:

Un matrimonio sano es una unión entre dos personas capaces de valerse por sí mismas, de apoyar a otras y que se comprometen a mantener dicha unión. Estos valores «normales», derivados de los matrimonios patológicos, concuerdan con los conceptos psicoanalíticos del desarrollo psicosocial, que va desde la relación madre-hijo primitiva y simbiótica hasta la separación, la individuación, la madurez, la sabiduría, el conocimiento y la capacidad de amar a otros seres humanos y de sentirse vinculado a ellos. Lo ideal es que dentro del matrimonio haya una independencia equitativa, una dependencia mutua y una obligación recíproca; empero, a partir de este ideal se dan muchas variedades que entran en la categoría de matrimonio normal.⁶

⁴ *Ibid.*, pp. 26-29.

⁵ *Ibid.*, p. 32.

⁶ *Ibid.*, p. 33.

Los cambios en la sociedad tienen un ritmo acelerado. Dichos cambios afectan a la familia. Y la familia pastoral no está al margen de los nuevos vientos que soplan. Una de las manifestaciones de este cambio es la creciente intensificación de la actividad de la mujer en las ciencias, las artes, el comercio y la cultura en general. En la Ciudad de Buenos Aires, y supongo que en el resto de América también, el número de mujeres que asisten a las universidades supera al de los varones. Consecuentemente, en algunas profesiones, las mujeres ya superan a los varones en número. En el futuro, ¿ocurrirá lo mismo con el ministerio cristiano?

Como la iglesia está enmarcada en la sociedad, esta realidad cambiante afecta en forma creciente a las familias pastorales. Los bajos sueldos que reciben la mayoría de los pastores suelen traer dificultades. A veces se producen serias tensiones porque la esposa gana el doble o el triple que su marido pastor. Dicha situación suele herir el narcisismo de algunos pastores o despertar el espíritu de revancha de algunas esposas, tantos años sometidas.

Además, muchas congregaciones esperan que la esposa del pastor sea una especie de ayudante de su marido, o un segundo pastor. Algunas congregaciones suelen sentirse decepcionadas si ellas no cumplen cierto perfil estereotipado de «esposa de pastor». Algunas personas recurren al pasado con nostalgia para afirmar: «Fulana, ella sí, ella era una auténtica esposa de pastor, pero... ¡las de ahora...!».

La iglesia necesita acomodarse a la nueva situación creada por las nuevas estructuras sociales, lo cual no significa que hayan sido abandonados los principios en los cuales se fundamenta nuestra fe. Sólo se trata de cambios en la cultura, las relaciones sociales y el mercado laboral, no en el evangelio. La

cultura cambia, y el evangelio puede y debe ser resignificado en función de nuestro acontecer cotidiano.

Entre los matrimonios jóvenes se ha desechado la antigua costumbre de que lavar la ropa o los platos, cambiar los pañales, etc. era una tarea exclusivamente femenina. Son pocos hoy quienes sostienen que el único rol de la mujer es el de ser esposa, madre y ama de casa. Son pocos hoy los machistas que afirman que el hombre debe trabajar afuera para ganar el sustento y que la única función de la mujer es quedarse en casa para cuidar a los hijos.

El pastor y su esposa deben aprender a convivir en una situación nueva, lo cual no significa que se esté desnaturalizando el matrimonio cristiano sino todo lo contrario. La definición de matrimonio sano, enunciada por Peter A. Martin, se caracteriza por la simetría en la relación de pareja. Tenemos que reconocer que unos cuantos años atrás, la mayoría de los matrimonios mantenían relaciones asimétricas. Uno mandaba (casi siempre él, a veces ella), el otro obedecía. Se suele decir «el que paga, manda», aunque no siempre. Todavía necesitamos vencer el criterio materialista del poder del dinero. Se trata de un medio y no de un fin en sí mismo.

La finalidad del matrimonio cristiano es el mutuo amor, reconocimiento y respeto, lo demás viene por añadidura. El pastor, o la pastora, no deben casarse pensando en una «ayuda idónea» para su ministerio. Alguien ha recibido el llamado de Dios al ministerio pero, si es que estoy bien informado, no existe el llamado a ser «cónyuge pastoral». Si uno utiliza su poder, cualquiera que éste fuere, para someter al otro, el amor está ausente. *El abuso del poder se constituye en el asesino del amor.* El amor puede resurgir, como la vida plena en una planta marchita si se la riega con afecto, respeto y valoración. Pero, como la planta, cuando se muere, se muere definitivamente.

No existe vacuna contra el fracaso de la vida conyugal de la pareja pastoral. Eso sí, existen medidas preventivas. Se necesita mucho valor y mucha honestidad para procurar ayuda, cuando hay tiempo todavía.

El pastor y su cónyuge como padres

Existe un narcisismo especular (especular viene de espejo), donde el hijo parecería moldeado por los modelos narcisistas de sus padres. Es el caso de la madre que quiere ser pianista a través de su hija. Es también el caso del padre que quiere vencer su frustración procurando que el hijo logre lo que él no pudo. En estos casos, los padres no toleran el fracaso de sus hijos porque éste sería una repetición doblemente dolorosa. A veces, el hijo es tratado como si fuera un agresor a las pretensiones y aspiraciones de sus progenitores. Por supuesto, los padres no son conscientes de sus oscuras intenciones.

A veces el narcisismo especular se da a través de las expectativas de la congregación con respecto al pastor y su familia. Es común que algunos miembros de la iglesia esperen que los hijos del pastor sean «pequeños adultos». Que éstos no se comporten como niños sino como seres arquetípicos, casi ángeles, según el deseo de esos miembros de tener, en los hijos del pastor, el modelo de «niño perfecto» como ejemplo a imitar por sus propios hijos. A veces se espera lo mismo de la esposa del pastor. ¿Qué decir del pastor como padre?

En una encuesta que se hizo en cierta congregación, alguien escribió: «Que pueda ver en el pastor un representante de la palabra de Dios. Tal vez soy muy exigente pero es como que quisiera la perfección hecha hombre».

El pastor debe ser consciente de que él no es más que un ser humano, igual que su esposa y sus hijos, y que no puede satisfacer las fantasías de sus feligreses. La tentación de ser

un dios, o un Superman, debe ser desechada porque puede conducirnos al pecado, además de dañarnos y dañar a la iglesia. Los pastores debemos reconocernos como lo que somos, seres humanos, seres limitados. Y quien quiera fantasear que fantasee, pero que se haga cargo de sus fantasías.

El pastor y su esposa deben procurar el completamiento de su condición humana según el modelo que Dios nos ha dado en Jesucristo, es decir, deben procurar su perfección cristiana y su santificación. Pero siempre que un cristiano sea honesto consigo mismo y con Dios, se dará cuenta de que existe alguna distancia entre lo que se es y lo que se debería ser.

Hay una verdad, para mí incuestionable: los moralistas suelen ser los más inmorales. San Pablo comienza su Epístola a los Romanos enfrentándose con los moralistas de su tiempo. En el primer capítulo hace una descripción de la corrompida sociedad romana y en el segundo comienza diciendo: «Por lo cual eres inexcusable, oh hombre, quienquiera que seas tú que juzgas a otro, te condenas a ti mismo, porque tú que juzgas haces lo mismo».

Aquí Pablo parece un psicólogo experto en los mecanismos inconscientes de defensa. La proyección es un mecanismo según el cual la persona que ha cometido determinada falta proyecta su culpa sobre otro que ha hecho lo mismo y se convierte en su perseguidor. Es decir, condena en el otro lo que no se anima a condenar en sí mismo. Por eso reitero: los más moralistas suelen ser los más inmorales.

La autoridad de los padres, formal o informal, y la libertad de los hijos para autoexpresarse y autorealizarse entran en tensión de diversas maneras. Los padres autoritarios crean situaciones *donde sobran padres y falta libertad*. Por el contrario, los padres permisivos, que no ponen límites de ningún tipo

a sus hijos, actúan de tal manera que *sobra libertad y faltan padres*. En el caso de los padres paternalistas, hacen todo por sus hijos pero según lo que ellos creen que es lo bueno para ellos, sin tener en cuenta lo que éstos opinan; en este caso *sobra protección y falta independencia*. Los tres modelos de padres que hemos presentado representan una tipología tan enfermiza que puede enfermar a otros. La autoridad de los padres, la libertad de los hijos y el calor afectivo paterno-filial deben combinarse adecuadamente en una estructura familiar participativa.

Hoy se habla mucho de la «brecha generacional». Es necesario aprender a ponerse en el lugar del otro. El profeta Ezequiel nos enseña como hacerlo: «Y me senté donde ellos estaban sentados, y allí permanecí siete días atónito entre ellos» (Ez 3.15). ¡Qué bueno que los padres estemos dispuestos a colocarnos en el lugar de nuestros hijos, y que aprendamos a hacer silencio para escucharlos! No son necesarios siete días: en algunos casos, siete minutos de paciente escucha de la opinión de nuestros hijos será suficiente.

La comprensión es posible sólo cuando hay empatía. Este término viene del griego y está compuesto por dos palabras, *em* y *pathos*, y quiere decir colocarse en el estado anímico, afectivo y espiritual del otro. Para verlo más claro, diremos que lo contrario de em-patía es anti-patía. Pero, gracias al Señor, muchas veces hay familiares que sienten sim-patía unos por otros. Esto debe extenderse a toda la familia de la fe, es decir, a la iglesia. Y aún más ampliamente, a toda la humanidad.

El cuidado de la salud mental de la familia pastoral

La salud mental no es algo que, una vez adquirido, podemos conservar como un trofeo. No es tampoco como el hormigón

armado que, una vez fraguado, dura más que nuestra propia vida. La salud mental es más bien semejante a la tarea perenne del equilibrista sobre la «cuerda floja de la vida» donde cada paso es una pérdida del equilibrio y un esfuerzo por conservarlo.

La salud y la enfermedad están determinadas por el entretendido de factores individuales y sociales. Voy a presentarles dos definiciones: la primera enfatiza las características individuales; la segunda enfatiza la etiología social de la enfermedad. La primera definición pertenece a Freud y se expresa así: «La neurosis no desmiente la realidad, se limita a no querer saber nada de ella; la psicosis la desmiente y procura sustituirla. Llamamos normal o «sana» a la conducta que aún determinados rasgos de ambas reacciones que, como la neurosis, no desmiente la realidad pero que, como la psicosis, se empeña en modificarla».⁷ La segunda definición pertenece a un autor argentino. Es muy breve y se refiere sólo a la enfermedad mental: «Los trastornos mentales son momentos exagerados, aislados y estereotipados de la dinámica familiar».⁸

Es evidente que no es fácil lograr un buen nivel de salud mental. Pero es indispensable intentarlo para no lastimarnos al «caernos de la cuerda floja de la vida» ni lastimar a otros con el impacto. Algunos somos más vulnerables que otros. Los vértigos hacen caer a muchos en el abismo.

Al hablar de pro-filaxis debemos también pensar en anafilaxis. Según English, «la anafilaxis psíquica es la hipersensibilidad para un tipo de experiencia que aparece como conse-

⁷ S. Freud, *La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis*, Obras Completas, Vol. 19, p. 195.

⁸ J. Bleger, *Psicohigiene y psicología institucional*, 4ª reimpresión, Paidós, Buenos Aires, 1984, p. 147.

cuencia de un trauma psíquico y provoca síntomas neuróticos cuando ocurre una experiencia similar años más tarde».⁹ En la misma obra de English encontramos la Ley de Jost: «Principio generalizador según el cual cuando dos asociaciones tienen la misma fuerza manifiesta, pero antigüedades diferentes, ocurre que: a) la repetición aumenta más la fuerza de la asociación más antigua que la más reciente y b) la asociación más antigua decae menos rápidamente en un tiempo determinado».¹⁰

Lo que hasta ahora he descripto tiene por finalidad crear inquietudes. No pretendo aportarles soluciones fáciles o prefabricadas. No obstante, quiero dejarles cinco sugerencias del Dr. M. Fishbein para ayudarnos a velar por nuestra salud mental:

1. Procurar para vosotros mismos una estabilidad emocional, creando una cálida atmósfera hogareña.
2. Proporcionar recreación satisfactoria a los jóvenes.
3. Recordar que el matrimonio constituye una sociedad indivisible.
4. Comprender que la enfermedad mental puede ser tratada con éxito... y que vosotros podéis contribuir a este éxito.
5. Participar activamente en los esfuerzos comunes para mejorar la salud mental general.¹¹

⁹ H. B. English y A. Ch. English, *Diccionario de psicología y psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1977, p. 52.

¹⁰ *Ibid.*, p. 478.

¹¹ M. Fishbein, *Enciclopedia familiar de la medicina y la salud*, Vol. 2, Stuttman, Nueva York, 1964, p. 673.

El contenido de este capítulo, en lo referente a la familia pastoral, lo he presentado en un retiro espiritual en Argentina y en dos en Centroamérica, para pastores evangélicos de diferentes denominaciones. Se trata de un material que puede también ser utilizado para retiros espirituales de matrimonios no pastorales. Sólo habría que sustituir la palabra «pastor» por «esposo». En los tres casos, presenté una lista de preguntas para ser estudiadas en grupos. En dos ocasiones se organizó a los participantes en cuatro grupos, de manera que cada grupo pudiera estudiar profundamente uno de los cuatro temas. En una ocasión, todos trabajaron la totalidad de las preguntas en grupos pequeños de ocho personas cada uno. Siempre se eligió un coordinador y un secretario. En una posterior reunión plenaria, todos los participantes pudieron conocer las conclusiones a las que arribó cada grupo y hubo intercambio de ideas. Éstas son las preguntas que hice en las tres ocasiones:

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR EN GRUPOS

El pastor y su cónyuge: personajes o personas

1. ¿Cómo sacarse la careta para poder verse las caras?
2. El «hombre nuevo» según el modelo de Jesucristo, tal como lo presenta San Pablo en sus epístolas, ¿es una ilusión, una utopía, una expresión de deseos o es algo realizable hoy? ¿Cómo se expresaría esa novedad de vida en el matrimonio?
3. ¿Es posible hoy ser compañeros de trabajo de Dios, como dice Pablo? ¿En qué se puede aplicar esto al matrimonio pastoral? ¿Cuáles serían las áreas de responsabilidad de cada uno en el trabajo?
4. ¿Existe narcisismo en mí? ¿En mi pareja? ¿Cómo encarar el asunto? ¿Cómo impedir que el trabajo de la iglesia separe a la

pareja? ¿Tiene sentido que el pastor o su esposa sean luz en la calle y oscuridad en su propia casa?

El pastor y su cónyuge como pareja

1. ¿Vale la pena preguntarse mutuamente por qué te escogí o por qué me escogiste?
2. ¿Qué hacer cuando suponemos haber hecho una mala elección?
3. ¿Cómo determinar la responsabilidad que corresponde a cada uno cuando la pareja anda mal? El hecho de que el cónyuge del pastor o de la pastora sea profesional y que sus ingresos sean mayores, ¿puede dificultar la armonía conyugal? ¿Y con la congregación? ¿Cómo encarar el diálogo con la pareja y con la congregación?
4. ¿Existe el matrimonio sin problemas, completamente sano?
5. ¿Ayuda la vida devocional de la pareja a encontrar caminos de solución? ¿Hay vida devocional en mi pareja? ¿Debería haberla?
6. ¿Debe ser el matrimonio pastoral un buen ejemplo para los demás matrimonios de la congregación? ¿Por qué?

El pastor y su cónyuge como padres

1. ¿Cómo podemos saber si sufrimos de narcisismo especular? ¿Cómo encararlo en un diálogo fecundo que incluya a los hijos?
2. ¿Existe el narcisismo especular de algunos miembros de la congregación con relación a la familia pastoral? ¿Cómo encararlo pastoralmente?
3. ¿Cómo podemos darnos cuenta si somos padres autoritarios, permisivos o paternalistas? ¿Cómo encarar el problema para solucionarlo?

4. ¿Es posible un modelo cristiano de estructura familiar participativa? ¿Cómo lograrlo?
5. ¿Tiene sentido discutir todos estos temas sin la presencia de las esposas? ¿Y los hijos? ¿Sería saludable para la vida de la iglesia un retiro donde participen los pastores, sus esposas y sus hijos para considerar estos temas?

El cuidado de la salud mental de la familia pastoral

1. Cuando el pastor o la pastora tiene problemas personales, o cuando es su cónyuge quien los tiene, ¿quién es el pastor del pastor? ¿Quién es el pastor del cónyuge? ¿Se sienten solos e incomprendidos? Los tiempos en que vivimos no son fáciles: ¿no se hace necesario que el pastor o la pastora, y su cónyuge, tengan una especie de «guía espiritual» que no pertenezca a la congregación que pastorean? Y los hijos del matrimonio pastoral, ¿qué pasa con ellos? ¿Quién los pastorea?
2. ¿Es indispensable un buen nivel de salud mental para ser pastor o pastora, o para ser cónyuge de un pastor o una pastora? ¿Debería requerirse un psicodiagnóstico realizado por un psicólogo reconocido por la iglesia a todos los candidatos al ministerio?